CAPITULO XI.

Viene Motezuma el mismo dia por la tarde á visitar á Cortés en su alojamiento. Refiérese la oracion que hizo ántes de oir la embajada, y la respuesta de Cortés.

Era poco mas de medio dia cuando entraron los Españoles en su alojamiento, y hallaron prevenido un banquete regalado y espléndido para Cortés y los cabos de su ejército, con grande abundancia de bastimentos ménos delicados para el resto de la gente, y muchos Indios de servicio que ministraban los manjares y las bebidas con igual silencio y puntualidad. Por la tarde vino Motezuma con la misma pompa y acompañamiento á visitar á Cortés, que, avisado poco ántes, salió á recibirle hasta el patio principal con todo el obsequio debido á semejante favor. Acompañóle hasta la puerta de su cuarto, donde le hizo una profunda reverencia; y él pasó á tomar su asiento con despejo y gravedad. Mandó luego que acercasen otro á Cortés: hizo seña para que se apartasen á la pared los caballeros que andaban cerca de su persona; y Cortés advirtió lo mismo á los capitanes que le asistian. Llegaron los intérpretes: y cuando se prevenia Hernan Cortés para dar principio á su oracion, le detuvo Motezuma, dando á entender que tenia que hablar ántes de oir: y se refiere que discurrió en esta sustancia:

Banquete que tenian prevenido.

Viene Motezuma á visitar á Cortés.

Mándale tomar asiento.

Razonamiento de Motezuma.

« Antes que me deis la embajada, ilustre capitan « y valerosos estrangeros, del príncipe grande que « os envia, debeis vosotros, y debo yo desestimar y poner en olvido « lo que ha divulgado la fama de nuestras personas y costumbres, « introduciendo en nuestros oidos aquellos vanos rumores que van « delante de la verdad, y suelen oscurecerla, declinando en lisonja « ó vituperio. En algunas partes os habrán dicho de mí que soy « uno de los dioses inmortales, levantando hasta los cielos mi poder « y mi naturaleza: en otras, que se desvela en mis opulencias la « fortuna: que son de oro las paredes y los ladrillos de mis palacios, « y que no cabe la tierra mis tesoros; y en otras, que soy tirano, « cruel y soberbio, que aborrezco la justicia, y que no conozco « la piedad. Pero los unos y los otros os han engañado con igual « encarecimiento: y para que no imagineis que soy alguno de los « dioses, ó conozcais el desvarío de los que así me imaginan, esta « porcion de mi cuerpo (y desnudó parte del brazo) desengañará « vuestros ojos de que hablais con un hombre mortal de la misma « especie; pero mas noble y mas poderoso que los otros hom-

« bres. Mis riquezas no niego que son grandes; pero las hace « mayores la exageracion de mis vasallos. Esta casa que habitais « es uno de mis palacios. Mirad esas paredes hechas de piedra y « cal, materia vil que debe al arte su estimacion; y colegid de uno « y otro el mismo engaño y el mismo encarecimiento en lo que os « hubieren dicho de mis tiranías, suspendiendo el juicio hasta que « os entereis de mi razon, y despreciando ese lenguaje de mis re- « beldes, hasta que veais si es castigo lo que llaman infelicidad, y « si pueden acusarle sin dejar de merecerle. No de otra suerte han « llegado á nuestros oidos varios informes de vuestra naturaleza « y operaciones. Algunos han dicho que sois deidades, que os « obedecen las fieras, que manejais los rayos, y que mandais en « los elementos; y otros, que sois facinorosos, iracundos y sober- « bios, que os dejais dominar de los vicios, y que venis con una « sed insaciable del oro que produce nuestra tierra. Pero ya veo « que sois hombres de la misma composicion y masa que los de- « mas; aunque os diferencian de nosotros algunos accidentes de « los que suele influir el temperamento de la tierra en los mor- « tales. Esos brutos que os obedecen, ya conozco que son unos « venados grandes, que traeis domesticados y embebidos en « aquella doctrina imperfecta que puede comprender el instinto « de los animales. Esas armas que se asemejan á los rayos, tam- « bien alcanzo que son unos cañones de metal no conocido, cuyo « efecto es como el de nuestras cerbatanas, aire oprimido que « busca salida, y arroja el impedimento. Ese fuego que despiden « con mayor estruendo, será cuando mucho algun secreto mas que « natural de la misma ciencia que alcanzan nuestros magos. Y en « lo demas que han dicho de vuestro proceder, hallo tambien, « segun la observacion que han hecho de vuestras costumbres mis « embajadores y confidentes, que sois benignos y religiosos, que « os enojais con razon, que sufris con alegría los trabajos, y que « no falta entre vuestras virtudes la liberalidad, que se acompaña « pocas veces con la codicia. De suerte que unos y otros debemos « olvidar las noticias pasadas, y agradecer á nuestros ojos el desen- « gaño de nuestra imaginacion: con cuyo presupuesto quiero que « sepais ántes de hablarme, que no se ignora entre nosotros, ni « necesitamos de vuestra persuasion para creer que el príncipe « grande, á quien obedeceis, es descendiente de nuestro antiguo « Quezalcoal, señor de las siete cuevas de los Nauatlacas, y rey « legítimo de aquellas siete naciones que dieron principio al impe- « rio Mejicano. Por una profecía suya, que veneramos como ver- « dad infalible, y por la tradicion de los siglos que se conserva en « nuestros anales, sabemos que salió de estas regiones á conquis- « tar nuevas tierras hácia la parte del oriente, y dejó prometido « que andando el tiempo vendrian sus descendientes á moderar « nuestras leyes, ó poner en razon nuestro gobierno. Y porque las

« señas que traeis conforman con este vaticinio, y el príncipe del « oriente que os envia manifiesta en vuestras mismas hazañas la « grandeza de tan ilustre progenitor, tenemos ya determinado que « se haga en obsequio suyo todo lo que alcanzaren nuestras fuer- « zas. De que me ha parecido advertiros para que hableis sin em- « barazo en sus proposiciones, y atribuyais á tan alto principio « estos escesos de mi humanidad. »

Acabó Motezuma su oracion, previniendo el oido con entereza y magestad : cuya sustancia dió bastante disposicion á Cortés para que, sin apartarse del engaño que hallaba introducido en el concepto de aquellos hombres, pudiese responderle, segun lo que hallamos escrito, estas ó semejantes razones :

Respuesta de Cortés.

« Despues, señor, de rendiros las gracias por la « suma benignidad con que permitis vuestros oidos á « nuestra embajada, y por el superior conocimiento con que nos « habeis favorecido, menospreciando en nuestro abono los siniestros informes de la opinion, debo deciros que tambien acerca « de nosotros se ha tratado la vuestra con aquel respeto y ve- « neracion que corresponde á vuestra grandeza. Mucho nos han « dicho de vos en esas tierras de vuestro dominio, unos afeando « vuestras obras, y otros poniendo entre sus dioses vuestra per- « sona; pero los encarecimientos crecen ordinariamente con inju- « ria de la verdad : que como es la voz de los hombres el instru- « mento de la fama, suele participar de sus pasiones; y estas ó « no entienden las cosas como son, ó no las dicen como las en- « tienden. Los Españoles, señor, tenemos otra vista con que « pasamos á discernir el color de las palabras, y por ellas el sem- « blante del corazon. Ni hemos creido á vuestros rebeldes, ni á « vuestros lisonjeros : con certidumbre de que sois príncipe grande, « y amigo de la razon, venimos á vuestra presencia, sin necesitar « de los sentidos para conocer que sois príncipe mortal. Mortales « somos tambien los Españoles, aunque mas valerosos, y de mayor « entendimiento que vuestros vasallos, por haber nacido en otro « clima de mas robustas influencias. Los animales que nos obede- « cen no son como vuestros venados, porque tienen mayor no- « bleza y ferocidad : brutos inclinados á la guerra, que saben « aspirar con alguna especie de ambicion á la gloria de su dueño. « El fuego de nuestras armas es obra natural de la industria hu- « mana, sin que tenga parte alguna en su produccion esa facultad « que profesan vuestros magos, ciencia entre nosotros abomina- « ble, y digna de mayor desprecio que la misma ignorancia : con « cuya suposicion, que me ha parecido necesaria para satisfacer á « vuestras advertencias, os hago saber con todo el acatamiento « debido á vuestra magestad, que vengo á visitaros como emba- « jador del mas poderoso monarca que registra el sol desde su « nacimiento : en cuyo nombre os propongo que desea ser vues-

« tro amigo y confederado sin acordarse de los derechos antiguos « que habeis referido para otro fin que abrir el comercio entre « ambas monarquías, y conseguir por este medio vuestra comuni- « cacion y vuestro desengaño. Y aunque pudiera, segun la tradicion « de vuestras mismas historias, aspirar á mayor reconocimiento « en estos dominios, solo quiere usar de su autoridad para que « le creais en lo mismo que os conviene, y daros á entender que « vos, señor, y vosotros, Mejicanos que me ois (volviendo el ros- « tro á los circunstantes), vivis engañados en la religion que pro- « fesais, adorando unos leños insensibles, obra de vuestras ma- « nos y de vuestra fantasía : porque solo hay un Dios verdadero, « principio eterno, sin principio ni fin, de todas las cosas : cuya « omnipotencia infinita crió de nada esa fábrica maravillosa de « los cielos, el sol que nos alumbra, la tierra que nos sustenta, « y el primer hombre, de quien procedemos todos con igual obli- « gacion de reconocer y adorar á nuestra primera causa. Esta « misma obligacion teneis vosotros impresa en el alma; y cono- « ciendo su inmortalidad, la desestimais y destruis, dando adora- « cion á los demonios, que son unos espíritus inmundos, criatu- « ras del mismo Dios, que por su ingratitud y rebeldía fueron « lanzados en ese fuego subterráneo, de que teneis alguna imper- « fecta noticia en el horror de vuestros volcanes. Estos, que por « su envidia y malignidad son enemigos mortales del género hu- « mano, solicitan vuestra perdicion, haciéndose adorar en esos « ídolos abominables : suya es la voz que alguna vez escuchais en « las respuestas de vuestros oráculos, y suyas las ilusiones con que « suele introducir en vuestro entendimiento los errores de la ima- « ginacion. Ya conozco, señor, que no son de este lugar los mis- « terios de tan alta enseñanza; pero solamente os amonesta ese « mismo rey, á quien reconoceis tan antigua superioridad, que « nos oigais en este punto con ánimo indiferente, para que veais « como descansa vuestro espíritu en la verdad que os anunciamos, « y cuantas veces habeis resistido á la razon natural, que os daba « luz suficiente para conocer vuestra ceguedad. Esto es lo pri- « mero que desea de vuestra magestad el rey mi señor, y esto lo « principal que os propone, como el medio mas eficaz para que « pueda estrecharse con durable amistad la confederacion de am- « bas coronas, y no falten á su firmeza los fundamentos de la « religion, que, sin dejar alguna discordia en los dictámenes, in- « troduzcan en el ánimo los vínculos de la voluntad. »

Así procuró Hernan Cortés mantener entre aquella gente la estimacion de sus fuerzas, sin apartarse de la verdad, y servirse del orígen que buscaban á su rey, ó no contradecir lo que tenian aprehendido, para dar mayor autoridad á su embajada. Pero Motezuma oyó con señas de poca docilidad el punto de la religion, obstinado con hipocresía

Escusa Motezuma la plática de la religion.

en los errores de su gentilidad; y levantándose de la silla: « Yo « acepto, dijo, con toda gratitud la confederacion y « amistad que me proponeis del gran descendiente « de Quezalcoal; pero todos los dioses son buenos, y el vuestro « puede ser todo lo que decis sin ofensa de los mios. Descansad « ahora, que en vuestra casa estais, donde sereis asistido con todo « el cuidado que se debe á vuestro valor y al príncipe que os « envia. » Mandó luego que entrasen algunos Indios de carga que traia prevenidos, y ántes de partir presentó á Hernan Cortés diferentes piezas de oro, cantidad de ropas de algodon, y varias curiosidades de pluma, dádiva considerable por el valor y por el modo; y repartió algunas joyas y preseas del mismo género entre los Españoles que estaban presentes, dando uno y otro con alegre generosidad, sin hacer mucho caso del beneficio; pero mirando á Cortés y á los suyos con un género de satisfaccion, en que se conocia el cuidado antecedente, como los que manifiestan su temor en lo mismo que se complacen de haberle perdido.

Acepta la confederacion.

Reparte algunas dádivas, y se retira á su palacio.

CAPITULO XII.

Visita Cortés á Motezuma en su palacio, cuya grandeza y aparato se describe: y se da noticia de lo que pasó en esta conferencia, y en otras que se tuvieron despues sobre la religion.

Pidió Hernan Cortés audiencia el dia siguiente, y la consiguió con tanta prontitud, que vinieron con la respuesta los mismos que le habian de acompañar en esta visita: cierto género de ministros que solian asistir á los embajadores, y tenian á su cargo el magisterio de las ceremonias y estilos de su nacion. Vistióse de gala, sin dejar las armas (que se habian de introducir á trage militar), y llevó consigo á los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velazquez de Leon y Diego de Ordaz, con seis ó siete soldados particulares de su satisfaccion: entre los cuales fué Bernal Diaz del Castillo, que ya trataba de observar para escribir.

Paga Cortés la visita de Motezuma.

La gala y acompañamiento que llevó.

Las calles estaban pobladas por todas partes de innumerable concurso, que trabajaba en su misma muchedumbre para ver á los Españoles sin embarazarles el paso, entre cuyas reverencias y sumisiones se oia muchas veces la palabra *teules*, que en su lengua significa dioses: voz que ya se entendia, y que no sonaba mal á los que fundaban parte de su valor en el respeto ageno.

Concurso y aplauso del pueblo.

Dejóse ver á larga distancia el palacio de Motezuma, que manifestaba, no sin encarecimiento, la magnificencia de aquellos reyes: edificio tan desmesurado, que se mandaba por treinta puertas á diferentes calles. La fachada principal, que ocupaba toda la frente de una plaza muy espaciosa, era de varios jaspes negros, rojos y blancos, de no mal entendida colocacion y pulimento. Sobre la portada se hacian reparar en un escudo grande las armas de los Motezumas: un grifo medio águila y medio leon, en ademan de volar, con un tigre feroz entre las garras. Algunos quieren que fuese águila, y se ponen de propósito á impugnar el grifo con la razon de que no los hay en aquella tierra, como si no se pudiese dudar si los hay en el mundo, segun los autores que los pusieron entre las aves fabulosas. Diriamos ántes que pudo inventar acá y allá este género de monstruos el desvarío artificioso, que llaman licencia los poetas, y valentía los pintores.

Descripcion del palacio de Motezuma.

Sus armas.

Grifo, ave fabulosa.

Al llegar cerca de la puerta principal se encaminaron hácia el uno de sus lados los ministros del acompañamiento, y retirándose atras con pasos de gran misterio, formaron un semicírculo para llegar á la puerta de dos en dos: ceremonia de su costumbre, porque tenian á falta de respeto el entrar de tropel en la casa real, y reconocian con este desvío la dificultad de pisar aquellos umbrales. Pasados tres patios de la misma fábrica y materia que la fachada, llegaron al cuarto donde residia Motezuma, en cuyos salones era de igual admiracion la grandeza y el adorno. Los pavimentos con esteras de varias labores: las paredes con diferentes colgaduras de algodon, pelo de conejo, y en lo mas interior de pluma: unas y otras hermoseadas con la viveza de los colores, y con la diferencia de las figuras. Los techos de cipres, cedro y otras maderas olorosas, con diversos follages y relieves: en cuya contestura se reparó que sin haber hallado el uso de los clavos, formaban grandes artesones, afirmando el maderámen y las tablas en su misma trabazon.

Ceremonia en la entrada del palacio.

Adornos del cuarto.

Habia en cada una de estas salas numerosas y diferentes gerarquías de criados, que tenian la entrada segun su calidad y ministerio: y en la puerta de la antecámara esperaban los próceres y magistrados, que recibieron á Cortés con grande urbanidad; pero le hicieron esperar para quitarse las sandalias, y dejar los mantos ricos de que venian adornados, tomando en su lugar otros de ménos gala. Era entre aquella gente irreverencia el atreverse á lucir delante del rey. Todo lo reparaban los Españoles, todo hacia novedad, y todo infundia respeto: la grandeza del palacio, las ceremonias, el aparato, y hasta el silencio de la familia.

Otra ceremonia en la entrada de la cámara.

Recibe á Cortés Motezuma.

Estaba Motezuma en pie con todas sus insignias reales, y dió algunos pasos para recibir á Cortés, poniéndole al llegar los brazos sobre los hombros : agasajó despues con el semblante á los Españoles que le acompañaban; y tomando su asiento, mandó sentar á Cortés y á todos los demas, sin dejarles accion para que replicasen. La visita fué larga, y de conversacion familiar : hizo varias preguntas á Cortés sobre lo natural y político de las regiones orientales, aprobando á tiempo lo que le parecia bien, y mostrando que sabia discurrir en lo que sabia dudar.

Sentóse, y mandó sentar á los Españoles.

Reconoce por descendiente de su primero rey al de España.

Volvió á referir la dependencia y obligacion que tenian los Mejicanos al descendiente de su primero rey; y se congratuló muy particularmente de que se hubiese cumplido en su tiempo la profecía de los estrangeros que tantos siglos ántes habian sido prometidos á sus mayores. Si fué con afectacion, supo esconder lo que sentia : y siendo esta una credulidad vana y despreciable por su orígen y circunstancias, importó mucho en aquella ocasion para que los Españoles hallasen hecho el camino á su introduccion. Así bajan muchas veces encadenadas y dependientes de ligeros principios las cosas mayores.

Habla Cortés en los ritos de los cristianos, y contra los banquetes de carne humana.

Hernan Cortés le puso con destreza en la plática de la religion, tocando, entre las demas noticias que le daba de su nacion, los ritos y costumbres de los cristianos, para que le hiciesen disonancia los vicios y abominaciones de su idolatría : con cuya ocasion esclamó contra los sacrificios de sangre humana, y contra el horror aborrecible á la naturaleza, con que se comian los hombres que sacrificaban : bestialidad muy introducida en aquella corte, por ser mayor el número de los sacrificados ; y mas culpable por esta razon el esceso de los banquetes.

Destierra Motezuma de su mesa estos manjares.

No fué del todo inútil esta sesion, porque Motezuma, sintiendo en algo la fuerza de la razon, desterró de su mesa los platos de carne humana; pero no se atrevió á prohibir de una vez este manjar á sus vasallos, ni se dió por vencido en el punto de los sacrificios ; ántes decia que no era crueldad ofrecer á sus dioses unos prisioneros de guerra que venian ya condenados á muerte, no hallando razon que le hiciese capaz de que fuesen prójimos los enemigos.

Dió pocas esperanzas de reducirse, aunque procuraron varias veces Hernan Cortés y el padre fray Bartolomé de Olmedo traerle al camino de la verdad. Tenia entendimiento para conocer algunas ventajas en la religion católica, y para no desconocer en todo los abusos de la suya; pero se volvia luego al tema de que sus dioses eran buenos en aquella tierra, como el de los cristianos en su distrito; y se hacia fuerza para no enojarse cuando le apretaban los argumentos, padeciendo mucho consigo

Defiende sus dioses.

en estas conferencias, porque deseaba complacer á los Españoles con un género de cuidado que parecia sujecion; y por otra parte le tiraban las afectaciones de religioso, que le adquirieron, y, á su parecer, le mantenian la corona : obligándole á temer con mayor abatimiento la desestimacion de sus vasallos, si le viesen ménos atento al culto de sus dioses. Política miserable, propia del tirano, dominar con soberbia, y contemplar con servidumbre.

Teme ofender á sus vasallos.

Lleva los Españoles al templo mayor.

Hacia tanta ostentacion de su resistencia, que llevando consigo, uno de aquellos primeros dias, á Hernan Cortés y al padre fray Bartolomé con algunos de los capitanes y soldados particulares para que viesen á su lado las grandezas de su corte, deseó, no sin alguna vanidad, enseñarles el mayor de sus templos. Mandóles que se detuviesen poco ántes de la entrada, y se adelantó para conferir con los sacerdotes si seria lícito que llegase á la presencia de sus dioses una gente que no los adoraba. Resolvióse que podrian entrar, amonestándolos primero que no se descomidiesen : y salieron dos ó tres de los mas ancianos con la permision y el requerimiento. Franqueáronse luego todas las puertas de aquel espantoso edificio, y Motezuma tomó á su cargo el esplicar los secretos, oficinas y simulacros del adoratorio, tan reverente y ceremonioso, que los Españoles no pudieron contenerse de hacer alguna irrision, de que no se dió por entendido; pero volvió á mirarlos como quien deseaba reprimirlos : á cuyo tiempo Hernan Cortés, dejándose llevar del celo que ardia en su corazon, le dijo : « Permitidme, señor, fijar una cruz de « Cristo delante de esas imágenes del demonio, y ve- « reis si merecen adoracion ó menosprecio. » Enfureciéronse los sacerdotes al oir esta proposicion : y Motezuma quedó confuso y mortificado, faltándole á un tiempo la paciencia para sufrirlo, y la resolucion para enojarse; pero tomando partido con su primera turbacion, y procurando que no quedase mal su hipocresía : « Pudierais, dijo á los Españoles, « conceder á este lugar las atenciones, por lo ménos, « que debeis á mi persona. » Y salió del adoratorio para que le siguiesen; pero se detuvo en el atrio, y prosiguió diciendo algo mas reportado : « Bien podeis, amigos, « volveros á vuestro alojamiento ; que yo me quedo á « pedir perdon á mis dioses de lo mucho que os he « sufrido. » Notable salida del empeño en que se hallaba, y pocas palabras dignas de reparo, que dieron á entender su resolucion, y lo que se reprimia para no destemplarse.

Los sacerdotes los amonestan al entrar.

Irrision de los Españoles.

Animosa proposicion de Cortés.

Respuesta de Motezuma.

Palabras notables al despedirse.

Con esta esperiencia, y otras que se hicieron del mismo género, resolvió Cortés, siguiendo el parecer del padre fray Bartolomé de Olmedo y del licenciado Juan Diaz, que no se le hablase mas por

entónces en la religion, porque solo servia de irritarle y endurecerle. Pero al mismo tiempo se consiguió fácilmente su licencia para que los cristianos diesen culto público á su Dios; y él mismo envió sus alarifes para que se le fabricase templo á su costa como le pidiese Cortés. ¡Tanto deseaba que le dejasen descansar en su error! Desembarazóse luego uno de los salones principales de aquel palacio donde habitaban los Españoles: y blanqueándole de nuevo, se levantó el altar, y en su frontispicio se colocó una imágen de Nuestra Señora sobre algunas gradas, que se adornaron vistosamente: y fijando una cruz grande cerca de la puerta, quedó formada una capilla muy decente, donde se celebraba misa todos los dias, se rezaba el rosario, y hacian otros actos de piedad y devocion, asistiendo algunas veces Motezuma con los príncipes y ministros que andaban á su lado: entre los cuales se alababa mucho la mansedumbre de aquellos sacrificios, sin conocer la inhumanidad y malicia de los suyos. Gente ciega y supersticiosa, que palpaba las tinieblas, y se defendia de la razon con la costumbre.

Permite la religion de los cristianos.

Fórmase una capilla en el alojamiento.

Lo que sentian los Mejicanos de las ceremonias cristianas.

Pero ántes de referir los sucesos de aquella corte, nos llama su descripcion, la grandeza de sus edificios, su forma de gobierno y policía, con otras noticias que son convenientes para la inteligencia ó concepto de los mismos sucesos. Desvíos de la narracion, necesarios en la historia, como no sean peregrinos del argumento, y carezcan de otros lunares que hacen viciosa la digresion.

Digresiones necesarias.

CAPITULO XIII.

Describese la ciudad de Méjico, su temperamento y situacion, el mercado del Tlatelulco, y el mayor de sus templos dedicado al dios de la guerra.

La gran ciudad de Méjico, que fué conocida en su antigüedad por el nombre de Tenuchtitlan, ó por otros de poco diferente sonido (sobre cuya denominacion se cansan voluntariamente los autores), tendria en aquel tiempo sesenta mil familias de vecindad repartida en dos barrios, de los cuales se llamaba el uno Tlatelulco, habitacion de gente popular, y el otro Méjico, que por residir en él la corte y la nobleza, dió su nombre á toda la poblacion.

Descripcion de la ciudad de Méjico.

Su vecindad.

Estaba fundada en un plano muy espacioso, coronado por todas partes de altísimas sierras y montañas, de cuyos rios y vertientes rebalsadas en el valle se formaban diferentes lagunas, y en lo mas profundo los dos lagos mayores, que ocupaba con mas de cincuenta poblaciones la nacion mejicana. Tendria este pequeño mar treinta leguas de circunferencia, y los dos lagos que le formaban se unian y comunicaban entre sí por un dique de piedra que los dividia, reservando algunas aberturas con puentes de madera, en cuyos lados tenian sus compuertas levadizas para cebar el lago inferior siempre que necesitaban de socorrer la mengua del uno con la redundancia del otro. Era el mas alto de agua dulce y clara, donde se hallaban algunos pescados de agradable mantenimiento: y el otro de agua salobre y oscura, semejante á la marítima; no porque fuesen de otra calidad las vertientes de que se alimentaba, sino por vicio natural de la misma tierra donde se detenian, gruesa y salitrosa por aquel parage; pero de grande utilidad para la fábrica de la sal que beneficiaban cerca de sus orillas, purificando al sol, y adelgazando con el fuego las espumas y superfluidades que despedia la resaca.

Su situacion.

La gran laguna.

Las salinas.

En el medio casi de esta laguna salobre tenia su asiento la ciudad, cuya situacion se apartaba de la línea equinoccial hácia el norte diez y nueve grados y trece minutos, dentro aun de la tórrida zona, que imaginaron de fuego inhabitable los filósofos antiguos: para que aprendiese nuestra esperiencia cuan poco se puede fiar de la humana sabiduría en todas aquellas noticias que no entran por los sentidos á desengañar el entendimiento. Era su clima benigno y saludable, donde se dejaban conocer á su tiempo el frio y el calor, ambos con moderada intension: y la humedad, que por la naturaleza del sitio pudiera ofender á la salud, estaba corregida con el favor de los vientos, ó morigerada con el beneficio del sol.

Asiento de la ciudad, y su altura.

Benignidad del clima.

Tenia hermosísimos léjos en medio de las aguas esta gran poblacion, y se daba la mano con la tierra por sus diques ó calzadas principales: fábrica suntuosa, que servia tanto al ornamento como á la necesidad: la una, de dos leguas hácia la parte del mediodia, por donde hicieron su entrada los Españoles: la otra, de una legua, mirando al setentrion: y la otra, poco menor, por la parte occidental. Eran las calles bien niveladas y espaciosas: unas de agua con sus puentes para la comunicacion de los vecinos; otras de tierra sola hechas á la mano; y otras de agua y tierra, los lados para el paso de la gente, y el medio para el uso de las canoas ó barcas de tamaños diferentes, que navegaban por la ciudad, ó servian al comercio: cuyo número toca en increible; pues dicen que tendria Méjico entónces mas de cincuenta mil, sin otras embarcaciones pequeñas, que allí se llamaban acales, hechas de un tronco, y capaces de un hombre que remaba para sí.

Diques ó calzadas para la comunicacion de la tierra.

Las calles.

Número de sus canoas.

Los edificios.

Los edificios públicos y casas de los nobles, de que se componia la mayor parte de la ciudad, eran de piedra, y bien fabricadas: las que ocupaba la gente popular, humildes y desiguales; pero unas y otras en tal disposicion, que hacian lugar á diferentes plazas de terraplen, donde tenian sus mercados.

Plaza del Tlatelulco. Ferias de Méjico.

Era entre todas la del Tlatelulco de admirable capacidad y concurso, á cuyas ferias acudian ciertos dias en el año todos los mercaderes y comerciantes del reino con lo mas precioso de sus frutos y manifacturas; y solian concurrir tantos, que siendo esta plaza, segun dice Antonio de Herrera, una de las mayores del mundo, se llenaba de tiendas puestas en hileras, y tan apretadas, que apénas dejaban calle á los compradores. Conocian todos su puesto, y armaban su oficina de bastidores portátiles, cubiertos de algodon basto, capaz de resistir al agua y al sol. No acaban de ponderar nuestros escritores el órden, la variedad y la riqueza de estos mercados. Habia hileras de plateros, donde se vendian joyas y cadenas estraordinarias, diversas hechuras de animales, y vasos de oro y plata labrados con tanto primor, que algunos de ellos dieron que discurrir á nuestros artífices: particularmente unas calderillas de asas movibles, que salian así de la fundicion, y otras piezas del mismo género, donde se hallaban molduras y relieves, sin que se conociese impulso de martillo, ni golpe de cincel.

Plateros.

Pintores.

Habia tambien hileras de pintores, con raras ideas y paises de aquella interposicion de plumas que daba el colorido, y animaba la figura, en cuyo género se hallaron raros aciertos de la paciencia y la prolijidad. Venian tambien á este mercado cuantos géneros de telas se fabricaban en todo el reino para diferentes usos, hechas de algodon y pelo de conejo, que hilaban delicadamente las mugeres, enemigas en aquella tierra de la ociosidad, y aplicadas al ingenio de las manos. Eran muy de reparar los búcaros y hechuras esquisitas de finísimo barro que traian á vender, diverso en el color y en la fragrancia, de que labraban con primor estraordinario cuantas piezas y vasijas son necesarias para el servicio y el adorno de una casa: porque no usaban de oro ni de plata en sus vajillas, profusion que solo era permitida en la mesa real, y esto en dias muy señalados. Hallábanse con la misma distribucion y abundancia los mantenimientos, las frutas, los pescados, y finalmente cuantas cosas hizo venales el deleite y la necesidad.

Telas diferentes.

Búcaros y cosas de barro.

Compras por via de permutacion.

Entendianse por medidas.

Hacíanse las compras y ventas por via de permutacion, con que daba cada uno lo que le sobraba por lo que habia menester: y el maiz ó el cacao servia de moneda para las cosas menores. No se gobernaban por el peso, ni le conocieron; pero tenian diferentes

medidas con que distinguir las cantidades, y sus números ó caractéres con que ajustar los precios segun sus tasaciones.

Jueces del comercio.

Habia casa diputada para los jueces del comercio, en cuyo tribunal se decidian las diferencias de los comerciantes; y otros ministros inferiores, que andaban entre la gente cuidando de la igualdad de los contratos, y llevaban al tribunal las causas de fraude ó esceso que necesitaban de castigo. Admiraron justamente nuestros Españoles la primera vista de este mercado por su abundancia, por su variedad, y por el órden y concierto con que estaba puesta en razon aquella muchedumbre: aparador verdaderamente maravilloso, en que se venian de una vez á los ojos la grandeza y el gobierno de aquella corte.

Sus adoratorios.

Los templos (si es lícito darles este nombre) se levantaban suntuosamente sobre los demas edificios: y el mayor, donde residia la suma dignidad de aquellos inmundos sacerdotes, estaba dedicado al ídolo Viztzilipuztli, que en su lengua significaba dios de la guerra, y le tenian por el supremo de sus dioses: primacía de que se infiere cuanto se preciaba de militar aquella nacion. El vulgo de los soldados españoles le llamaba Huchilobos, tropezando en la pronunciacion: y así le nombra Bernal Diaz del Castillo, hallando en la pluma la misma dificultad. Notablemente discuerdan los autores en la descripcion de este soberbio edificio. Antonio de Herrera se conforma demasiado con Francisco Lopez de Gómara: los que le vieron entónces tenian otras cosas en el cuidado, y los demas tiraron las líneas á la voluntad de su consideracion. Seguimos al padre Josef de Acosta, y á otros autores de los mejor informados.

Idolo principal de la guerra.

Descripcion del adoratorio mayor.

Su primera mansion era una gran plaza en cuadro, con su muralla de sillería, labrada por la parte de afuera con diferentes lazos de culebras encadenadas, que daban horror al pórtico, y estaban allí con alguna propiedad. Poco ántes de llegar á la puerta principal estaba un humilladero no ménos horroroso. Era de piedra con treinta gradas de lo mismo que subian á lo alto, donde habia un género de azutea prolongada, y fijos en ella muchos troncos de crecidos árboles puestos en hilera: tenian estos sus taladros iguales á poca distancia, y por ellos pasaban de un árbol á otro diferentes varas, ensartando cada una por las sienes algunas calaveras de hombres sacrificados, cuyo número, que no se puede referir sin escándalo, tenian siempre cabal los ministros del templo, renovando las que padecian algun destrozo con el tiempo. Lastimoso trofeo, en que manifestaba su rencor el enemigo del hombre: y aquellos bárbaros le tenian á la vista sin algun remordimiento de la naturaleza, hecha devocion la inhumanidad, y desaprovechada en la costumbre de los ojos la memoria de la muerte.

Calaveras de hombres sacrificados.

Cuatro puertas en el patio mayor.

Tenia la plaza cuatro puertas correspondientes en sus cuatro lienzos que miraban á los cuatro vientos principales. En lo alto de las portadas habia cuatro estatuas de piedra, que señalaban el camino, como despidiendo á los que se acercaban mal dispuestos: y tenian su presuncion de dioses liminares, porque recibian algunas reverencias á la entrada. Por la parte interior de la muralla estaban las habitaciones de los sacerdotes y dependientes de su ministerio, con algunas oficinas que corrian todo el ámbito de la plaza sin ofender el cuadro, dejándola tan capaz, que solian bailar en ella ocho y diez mil personas cuando se juntaban á celebrar sus festividades.

Estatuas sobre las puertas.

Forma del adoratorio.

Ocupaba el centro de esta plaza una gran máquina de piedra, que á cielo descubierto se levantaba sobre las torres de la ciudad, creciendo en diminucion hasta formar una media pirámide, los tres lados pendientes, y en el otro labrada la escalera: edificio suntuoso y de buenas medidas, tan alto que tenia ciento y veinte gradas la escalera, y tan corpulento que terminaba en un plano de cuarenta pies en cuadro, cuyo pavimento enlosado primorosamente de varios jaspes guarnecia por todas partes un pretil con sus almenas retorcidas á manera de caracoles, formado por ambas hazes de unas piedras negras semejantes al azabache, puestas con órden, y unidas con betunes blancos y rojos que adornaban mucho el edificio.

Dos estatuas en lo último de la escalera.

Sobre la division del pretil, donde terminaba la escalera, estaban dos estatuas de mármol, que sustentaban, imitando bien la fuerza de los brazos, unos grandes candeleros de hechura estraordinaria: mas adelante una losa verde, que se levantaba cinco palmos del suelo, y remataba en esquina, donde afirmaban por las espaldas al miserable que habian de sacrificar, para sacarle por los pechos el corazon: y en la frente una capilla de mejor fábrica y materia, cubierta por lo alto con su techumbre de maderas preciosas, donde tenian el ídolo sobre un altar muy alto, y detras de cortinas. Era de figura humana, y estaba sentado en una silla con apariencias de trono, fundada sobre un globo azul que llamaban cielo, de cuyos lados salian cuatro varas con cabezas de sierpes, á que aplicaban los hombros para conducirle cuando le manifestaban al pueblo. Tenia sobre la cabeza un penacho de plumas varias en forma de pájaro con el pico y la cresta de oro bruñido; el rostro de horrible severidad, y mas afeado con dos fajas azules, una sobre la frente, y otra sobre la nariz; en la mano derecha una culebra ondeada que le servia de baston, y en la izquierda cuatro saetas, que veneraban como traidas del cielo, y una rodela con cinco plumages blancos puestos en cruz, sobre cuyos adornos, y la significacion de aquellas insignias y colores decian notables desvaríos con lastimosa ponderacion.

Piedra de los sacrificios.

Figura y trage del idolo.

Al lado siniestro de esta capilla estaba otra de la misma hechura y tamaño con un ídolo que llamaban Tlaloch, en todo semejante á su compañero. Tenianlos por hermanos, y tan amigos, que dividian entre sí los patrocinios de la guerra, iguales en el poder, y uniformes en la voluntad: por cuya razon acudian á entrambos con una víctima y un ruego, y les daban las gracias de los sucesos, teniendo en equilibrio la devocion.

Otro idolo su hermano.

El ornato de ambas capillas era de inestimable valor, colgadas las paredes, y cubiertos los altares de joyas y piedras preciosas puestas sobre plumas de colores. Y habia de este género y opulencia ocho templos en aquella ciudad, siendo los menores mas de dos mil, donde se adoraban otros tantos ídolos diferentes en el nombre, figura y advocacion. Apénas habia calle sin su dios tutelar; ni se conocia calamidad entre las pensiones de la naturaleza que no tuviese altar donde acudir por el remedio. Ellos se fingian y fabricaban sus dioses de su mismo temor, sin conocer que enflaquecian el poder de los unos con lo que fiaban de los otros: y el demonio ensanchaba su dominio por instantes, violentísimo tirano de aquellos racionales, y en pacífica posesion de tantos siglos. ¡O permisiones inescrutables del Altísimo!

Adorno del adoratorio.

Habia mas de dos mil en Méjico.

CAPITULO XIV.

Describense diferentes casas que tenia Motezuma para su divertimiento, sus armerías, sus jardines y sus quintas, con otros edificios notables que habia dentro y fuera de la ciudad.

Demas del palacio principal que dejamos referido, y el que habitaban los Españoles, tenia Motezuma diferentes casas de recreacion que adornaban la ciudad, y engrandecian su persona. En una de ellas (edificio real donde se vieron grandes corredores sobre colunas de jaspe) habia cuantos géneros de aves se crian en la Nueva España dignas de alguna estimacion por la pluma ó por el canto: entre cuya diversidad se hallaron muchas estraordinarias, y no conocidas hasta entónces en Europa. Las marítimas se conservaban en estanques de agua salobre; y en otros de agua dulce las que se traian de rios ó lagunas. Dicen que habia pájaros de cinco y seis colores, y los pelaban á su tiempo, dejándolos vivos para que repitiesen á su dueño la utilidad de la pluma: género de mucho valor entre los Mejicanos, porque se

Diferentes casas de Motezuma.

Casa de las aves.

Uso de la pluma.